



quismo, cerrando el camino a la democracia. Con el PRI o el caetanismo no es posible salir de la crisis del Estado ni de la crisis económico-social. Aunque se trate de manipular una opinión arrasada con su conciencia cívica por la dictadura, por la televisión y los gobernadores civiles, el presupuesto del Estado y la oferta de prebendas". Todo ello es así, y aún más. Pero cabe pensar que si el señor Areilza ha aceptado en su vida pública colaborar con situaciones nacionales mucho más dramáticas para el pueblo y para el país en general, movido entonces, sin duda, por la conciencia cívica de que su presencia podía mejorar las cosas, no hay razón ninguna para que los españoles del estado llano no aceptemos ahora este clavo ardiendo de las elecciones que pueden ser una línea divisoria de aguas en un aspecto histórico. Y que lo que debemos hacer todos es evitar que las destrocen. Que las maten antes de tiempo.

PORQUE la alternativa a las elecciones, y al Parlamento sospechoso que ya se anuncia, y a su penetración por grupos de poder que no cesan, por los dueños de la gran finca que no quieren compartir, es una dictadura más. Hay algunos catastrofistas en la izquierda del país que consideran positiva una desestabilización por parte de la gran derecha: es decir, una ruptura de la reforma, una suspensión de las escasas garantías que ahora existen y el establecimiento de un régimen que podría ir desde el sistema Pinochet, en

su grado máximo, hasta una fórmula parecida a la de Primo de Rivera antes de la República. Esos catastrofistas creen que en ese caso la respuesta del pueblo y del mundo sería de tal envergadura que la situación se rompería, y esa vez para siempre. Es decir, que el establecimiento de una dictadura de la derecha en el país sería seguida por el clásico movimiento de la huelga general revolucionaria y por la creación de una nueva resistencia que pondría las cosas en claro. Que se me permita discrepar de esta versión. Ni Videla ni Pinochet aparecen como fenómenos efímeros, ni están próximos a desaparecer; ni las respuestas de sus pueblos han servido de nada en una relación de fuerzas aplastante, ni la repulsa internacional ha conmovido los procedimientos y los comportamientos de esos regímenes. La idea de que España es Europa y de que en Europa no pueden suceder esas cosas no es más que una soberbia infantil. Argentina o Chile son países de una cultura y una civilización por lo menos similar a España, y con un sentido democrático muy superior.

LA cautela de los partidos de la izquierda, incluso la exageración de esa cautela por parte del Partido Comunista, es un indicio de los riesgos de la situación. Lo que es ya dudoso es si esa cautela tiene alguna utilidad, y si un sentido mayor de la unidad y unos programas concretos serían más eficaces en este momento, a la hora de levantar las conciencias públicas, que estas vaguedades y estos temores que de-

jan perpleja a la opinión pública: que la dejan en manos de lo que el señor Areilza enumera: la dictadura, la televisión, los gobernadores civiles, el presupuesto del Estado y la oferta de prebendas.

AUN más dudosa, como eficacia, aparece la cautela del Gobierno. La última nota y las últimas disposiciones acerca de la amnistía, el sistema de expatriaciones a que se ha acudido como recurso, hubieran tenido un valor mayor desde un principio. Llegan tarde y mal: dan la sensación de que está cediendo a las presiones de la calle, lo cual supone un arma para los "desestabilizadores" de la derecha. La situación del País Vasco, a la que se refieren muy concretamente estas últimas disposiciones, está ya en un terreno enormemente grave: es casi una guerra civil. Por la intolerancia, por la desatención, por la falta de una política constructiva. Ciertamente que este gesto final del presidente Suárez merece la ayuda de todos y ha de ser considerado como positivo. Pero la gradación de la amnistía, su entrega a regañadientes, el miedo a las medidas de indulto, ha destrozado una opción política importante.

ESTAS elecciones hay que considerarlas de dos maneras aparentemente opuestas: una, que son una primera oportunidad, una primera ocasión. Algo que se puede aceptar, que se puede considerar: un juego en el que hay que entrar para llegar a algo más, aun sabiendo todas las desventajas y todas las cartas marcadas. Otra, que son una única oportunidad, y que si de alguna forma las desdeñamos o las minimizamos, o si de alguna forma consentimos que se suspendan —aunque sea con el disfraz del aplazamiento—, sería difícil que se reprodujesen, aun en estas mismas circunstancias de falseamiento democrático. Todo ello induce a lo mismo: a que la inmensa mayoría española que las desea salga de su atonía, de su indiferencia y de su incredulidad y las defienda, independientemente ya de los resultados a que se vaya a llegar con ellas, para continuar después la defensa cívica de la democracia. Defender las elecciones y votar en ellas: votar a los partidos de la auténtica democracia, por poco atractivo programático y por mucha imagen de pobreza que estén dando. Son quizá un clavo ardiendo; pero no hay clavos fríos en España a los que agarrarse desde hace muchos siglos. Es lo único que, por el momento, tenemos, salvo las alternativas de dictadura y desorden que pueden perjudicar enormemente a todos.